

Constantino Reyes Valerio, *El pintor de conventos. Los murales del siglo XVI en la Nueva España*, México, INAH, 1989. 187 p., ilus.

Investigador de la historia del arte colonial mexicano, Constantino Reyes fue observando a lo largo de sus recorridos por los monumentos que estudiaba, admiraba y fotografiaba, ciertos signos, elementos y formas que lo llevaron a buscar, cada vez más sistemáticamente, la mano que había dejado su señal en los templos y conventos. Resultado de esas inquisiciones son su libro publicado en 1978, *Arte indocristiano. Escultura del siglo XVI en México*, y éste que ahora reseño. De uno al otro se ve una evolución. El primero se apoya en el análisis formal de elementos de origen prehispánico en pinturas, esculturas y relieves, por una parte, y en el estudio de las crónicas religiosas que describen las enseñanzas que impartían los frailes en los conventos, por la otra, para fundamentar que de las escuelas de los conventos sa-

lieron muchos indios, preparados como pintores y escultores, que intervinieron en las construcciones conventuales del siglo xvi.

En el segundo la preocupación es la misma, la intervención del indio como autor de las pinturas murales que fueron no solamente elementos decorativos en los conventos que se levantaron en sus pueblos, sino instrumentos importantes para la enseñanza de la religión.

Reyes principia evaluando el esfuerzo material que significó recubrir de pinturas murales esos recintos. La cantidad de cal y los miles de metros cuadrados que se pintaron le sirven de apoyo para concluir que los pocos pintores españoles que llegaron a la Nueva España, en la época de que se trata, no pudieron haber hecho ese trabajo, que fueron indios quienes lo llevaron a efecto.

Pero, si se parte de que fueron indios los pintores de los conventos la consecuencia es que existió un importante grupo de éstos que conocía el oficio, porque no bastaba el tiempo transcurrido desde la fundación de las escuelas de los religiosos hasta el inicio de los trabajos de construcción para haber preparado a tantos que debieron intervenir. Considera que los primeros pintores poseían una base del conocimiento antiguo, de manera que procede a examinar la organización de la educación prehispánica, la enseñanza en los *calmecac* y *tepochcali* y los sistemas constructivos y técnicas pictóricas que en ellos pudieron ser aprendidos por los pupilos de estas instituciones.

Otro punto importante de su análisis es el estudio de la posibilidad de que los pintores educados antes de la llegada de los religiosos hubieran podido colaborar con ellos. En este sentido son varias las preguntas que se hace y que resuelve, recurriendo a las crónicas y proponiendo una nueva lectura de ellas. ¿Qué edad pudieron tener los niños que los frailes educaron en los conventos para pintores? ¿pudieron tener una edad que les permitiera haber sido antes alumnos de los centros de enseñanza prehispánica? Con base en un meticuloso análisis de las posibles edades concluye que sí y que en consecuencia los frailes utilizaron como base de su sistema educativo los elementos de la educación prehispánica que consideraron que no entraban en contradicción con la enseñanza religiosa que querían impartir.

La tesis sostenida por Constantino Reyes en su libro pone de relieve el interesante asunto de la influencia que pudieron tener las formas de vida anteriores a la conquista sobre las que se impusieron en la vida colonial y de la interrelación que se dio entre

las dos culturas que a lo largo de tres siglos convivieron modificándose mutuamente.

Originales y sugestivas, las propuestas de este trabajo pueden ser o no aceptadas por todos, pero es innegable que tendrán que ser tomadas en cuenta por los investigadores que se internen, en el futuro, en estos problemas.

ROSA CAMELO